

7-11 años

serie
El gallo pelón

COLECCIÓN
Caminos del SUR

Gabriel Saldivia

El Tigrón

Ilustrado por Anthony Fernández



PLAN NACIONAL
DE PROMOCIÓN DE
LA LECTURA
PUEBLO LECTOR

Fundación Editorial

elperroylarana



© Gabriel Saldivia
© Fundación Editorial El perro y la rana, 2017



Esta licencia permite la redistribución comercial y no comercial de la obra, siempre y cuando se haga sin modificaciones y en su totalidad, con crédito al creador.

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales
Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana
Twitter: @perroyranalibro

Diseño de colección: Mónica Piscitelli

Ilustraciones: ©Anthony Fernández

Edición: Yanuva León
Corrección: Ninoska Adames
Diagramación: Joyce Ortiz

Hecho el Depósito de Ley
DC2017000254
ISBN 978-980-14-3680-5

Gabriel Saldivia

El Tigrón

Ilustrado por Anthony Fernández

Colección Caminos del Sur

Hay un universo maravilloso donde reinan el imaginario, la luz, el brillo de la sorpresa y la sonrisa espléndida. Todos venimos de ese territorio. En él la leche es tinta encantada que nos pinta bigotes como nubes líquidas; allí estuvimos seguros de que la luna es el planeta de ratones que juegan a comer montañas, descubrimos que una mancha en el mantel de pronto se convertía en caballo, y que esconder los vegetales de las comidas raras de mamá, detrás de cualquier escaparate, era la batalla más riesgosa. Esta colección mira en los ojos de niños y niñas el brinco de la palabra, atrapa la imagen del sueño para hacer de ella caramelos, y nos invita a viajar livianos de carga en busca de caminos que avanzan hacia realidades posibles.

El gallo pelón es la serie que recoge tinta de autoras y autores venezolanos; el lugar en el que se escuchan voces trovadoras que relatan leyendas de espantos y aparecidos de nuestras tierras, la mitología de nuestros pueblos indígenas y toda historial real o fantástica de imágenes y ritmos.

Los siete mares es la serie que trae colores de todas las aguas; viene a nutrir la imaginación de nuestros niños y niñas con obras que han marcado la infancia de muchas generaciones en los cinco continentes.



El Tigrón, hombre moreno, corpulento y de larga cabellera ensortijada, acostumbraba a caminar por la calle más estrecha y polvorienta de aquel pueblo olvidado, allá, en las cercanías de la ciudad de El Tocuyo. El Tigrón era un hombre que a pesar de sufrir los avatares y la rudeza de la intemperie siempre andaba de buen humor. La gente del pueblo lo saludaba con agrado y hasta le regalaban frutas, dulces, arepas, sopas y otras comidas. También le obsequiaban ropas o prendas de vestir, que extrañamente se negaba a usar porque a él le gustaba andar descalzo y semidesnudo.

Todos los días recorría esa calle solitaria que lo conducía hacia las afueras del pueblo, se internaba en el verdor del pasto fresco hasta llegar al río donde se bañaba y jugaba con el agua, poseído por la alegría del niño que nunca abandonó la casa de su alma. Se reía a carcajadas cuando se bañaba y le hablaba a las piedras del río, porque oía que estas le respondían todas sus preguntas. Así las interrogaba:

—¿Quién es el hombre más fuerte de este pueblo?

Ellas le respondían:

—¡Usted, El Tigrón, es más duro y fuerte que todas nosotras!

Hasta las piedras más pequeñas con cierto miedo y timidez le decían:

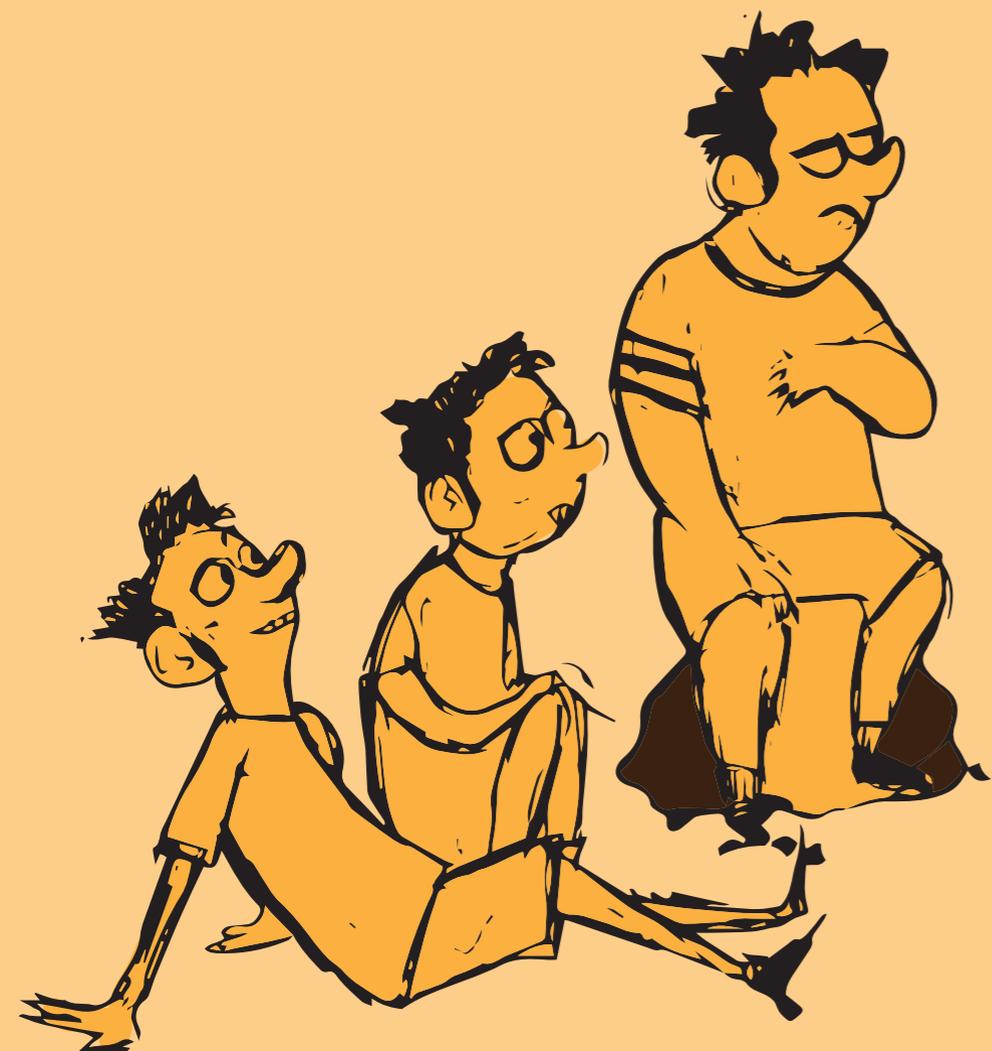
—¡Usted, Tigrón, es más fuerte y valiente que el tigre y el león!

Él se reía y, muy contento, se lanzaba a las aguas claras del río.



Le gustaba mucho el agua, tanto, que cuando llovía caminaba por las calles empapado y con su cuerpo dulcemente salpicado por la ternura y docilidad del barro. Allí, en la orilla del río, pasaba horas contemplando el fluir del agua entre las piedras. También, los niños de la escuela y la gente del pueblo iban por las tardes a refrescarse con las amables aguas del río.





Una tarde, unos niños se bañaban y jugaban con barro mientras hablaban. En una de esas conversaciones surgió el tema de El Tigrón y, Ramón, uno de los cuatro niños, dijo:

—¡Escuchen! Tenemos que irnos temprano porque puede venir El Tigrón.

—¿Y qué pasa si viene? Yo no le tengo miedo —respondió Luis.

—Dicen que es muy peligroso —dijo Jesús, que en ese momento estaba sentado sobre una piedra y jugaba con una pelota hecha de barro.

—¡Bueno, que venga! —dijo Francisco, un muchacho trigueño, quien a su corta edad ya se le notaba un mayor desarrollo de sus músculos, diferenciándose de los demás niños que eran delgados.

Al caer la tarde, regresaban a sus casas, chupando caña de azúcar por esos caminos de arbustos y follajes. Esto ya era una costumbre, no solo para ellos; sino, también, para otros niños que frecuentaban el lugar.

El Tigrón era un hombre sereno y muy cordial. Saludaba a toda la gente del pueblo cuando le decían:

—¡Adiós, Tigrón! ¿Cómo está la salud?

—¡Muy bien! —respondía sonriendo—, ¡ahí, pa' lante, que pa' tras espantan! —así les decía y continuaba su camino. Él se alegraba mucho cuando lo llamaban Tigrón o con otros nombres de animales invencibles y corpulentos como: ¡Tiburón! ¡León! ¡Elefante! ¡Pantera! ¡Oso!

Tampoco le gustaba que le dijeran tigre, él decía que El Tigrón era un animal más poderoso que el tigre. Para él, un tigre ante la imagen del tigrón se veía como un gato, es decir, como un pequeño y doméstico felino. Pero no siempre se manifestaba con tanta amabilidad. A veces se enfurecía y se ponía malhumorado un largo rato, peleaba solo cuando lo llamaban con nombres de animales pequeños e indefensos como: ratón, ardilla, pájaro, zancudo o pulga. Esto lo sabía todo el pueblo, así que cuando alguien lo llamaba, por ejemplo, con la palabra ratón, evidentemente era para molestarlo y hacerlo enfurecer.





Además de esta manía que caracterizaba al Tigrón, hay otras cosas sobre él que deberíamos saber. Esos secretos sobre su misteriosa vida fueron revelados en la bodega Mi Pobre Vida, del señor Isaías, quien siendo un hombre de avanzada edad, aún atiende él mismo su negocio. Su bodega estaba ubicada en una esquina muy cercana a la plaza del pueblo. Allí, se reunía mucha gente a comer quesos, dulces, tomar refrescos y, también, a comprar alimentos para llevarlos a sus casas.

Una tarde llegó a la bodega el maestro Arturo, a quien la gente le decía cariñosamente El Abuelo. El maestro Arturo desde que fue jubilado de la escuela, en donde trabajó por muchos años, no ha dejado de recorrer las calles y llamar a cada puerta de las casas para regalarles caramelos y dulces a los niños y niñas. Cuentan que el maestro Arturo, El Abuelo, va todas las mañanas a la escuela, donde impartió clases desde su juventud, a escuchar los gritos de los niños y mirarlos correr alegremente al jugar en el patio a la hora de descanso, recreo o esparcimiento.

El maestro Arturo, o El Abuelo, esa tarde contó la historia de El Tigrón, él lo conoció desde que era un niño y cursaba los primeros grados en la escuela. Varias personas del vecindario estaban allí, en la bodega, y el maestro Arturo comenzó a contar:

—Yo conocí al Tigrón cuando tenía siete años de edad y cursaba el primer grado de la primaria. Era un niño muy gordo y musculoso, pero sumamente tímido y callado. Su nombre era Honorio, según me contaron —continúa diciendo el maestro Arturo—. Sus padres se fueron a la ciudad de Cumaná con el pretexto de buscar empleo en esa zona y dejaron al niño bajo el cuidado de la señora Rafaela, quien se dedicaba a hacer deliciosos dulces de leche y bocadillos de guayaba para venderlos en la bodega Mi Pobre Vida. Los padres de Honorio no volvieron al pueblo y ella tuvo que hacerse cargo del niño.





»En la escuela –continúa contando el maestro Arturo– Honorio, debido a la redondez de su cuerpo fue motivo de burla por parte de los otros niños, incluso, las niñas se mofaban de él diciéndole: “¡Aquí viene el globo que camina! ¡Aquí viene, se lo va a llevar el viento!”. Y tarareaban estas palabras como si se tratara de una canción.

»Tal vez por eso –dijo el maestro Arturo– ese muchacho se fue poniendo cada día más tímido y retraído.

Acerca de su gordura, dice el maestro Arturo, El Abuelo, que se debía a la comedera de bocadillos de guayaba y todos los dulces provocativos y sabrosos que hacía la señora Rafaela.

—Dicen –agrega el maestro Arturo– que Rafaela lo perseguía por el patio de la casa gritándole: “¡Muchacho te vas a morir de tanto comer dulces! ¡Caramba, ya ni pruebas la comida! ¡Si sigues así vas a reventar!”.

Y seguía diciéndole cosas que se hacían escuchar en los solares de las casas vecinas. Ese muchacho solo conversaba largamente con la señora Rafaela, a quien llamaba afectiva y consentidamente “Amá”. Ella lo atendía y lo cuidaba como si fuera su propio hijo. Para Honorio, ella era su mamá o Amá, como solía decirle. Prácticamente Rafaela, la dulcera, se convirtió en la única familia del callado y tímido niño, amante de los dulces y las golosinas.

En la bodega, todos escuchaban con atención lo que el maestro Arturo les contaba. De pronto un señor de sombrero negro, que lo escuchaba muy atento, le preguntó:

—Maestro Arturo, ¿qué pasó con ese muchacho cuando creció? Le hago esa pregunta porque dicen por ahí que ese muchacho se volvió loco y comenzó a decir por las calles que se sentía como un animal, inclusive, llegó a decir que era más temerario que el mismo tigre de bengala. Disculpe la interrupción maestro, pero la curiosidad no deja a uno tranquilo.





Entonces, El Abuelo le dijo:

—¡Ahí, casualmente, ahí, quería llegar! La señora Rafaela después de cumplir más de setenta años comenzó a padecer serios problemas de salud, como hipertensión, arritmia cardíaca y otras cosas que fueron debilitándola, hasta el punto que dejó de venir a esta bodega a traer sus dulces y se mantenía con unos ahorros que guardaba en un viejo cofre de plata, el cual conservaba debajo de su cama. Ya en esos últimos días llamaba a Honorio para que le ayudara a levantarse de la cama: “¡Ay muchacho!, me duele todo el cuerpo”, le decía. Él la ayudaba y la consolaba contándole historias de animales que inventaba. Ella sonreía y le decía: “¡Ay muchacho, qué cosas más raras y graciosas dices! Que te sientes con la fuerza de un enorme animal ¡Ten cuidado con esas cosas porque se te puede echar a perder la cabeza!”. Él sonreía y, mientras le acariciaba su blanco cabello, le decía: “Te vas a poner bien, Amá, te vas a poner bien”. Así, se quedaba a su lado acompañándola.

»Justo cuando Honorio cumplió dieciocho años falleció la señora Rafaela. Esto lo deprimió mucho, y desde ese momento empezó a escribir raras historias en sus cuadernos, los cuales había dejado nuevos, porque sencillamente desde hacía mucho tiempo había dejado de estudiar, alcanzando a cursar solo la primaria. Creo –agrega El Abuelo– que desde ese tiempo Honorio dejó de llamarse así para convertirse, definitivamente, en El Tigrón o en cualquier animal que le haga sentir fuerte, como un gigante que camina por el mundo, sin que exista para él obstáculo que no pueda vencer con su incontenible fortaleza.

La casa donde vivió con su Amá, Rafaela, fue vendida por familiares lejanos de la dulcera del pueblo, quienes de pronto aparecieron afirmando ser parientes de ella, hasta un hermano se hizo presente para la firma de aquel papel que aseguraba la venta de la casa, donde siempre seguirá sintiéndose el olor a bocadillo de guayaba, a canela, a clavos de olor y otras especias que utilizaba la dulcera en la elaboración de sus encantadores dulces.





Por esa razón, El Tigrón estuvo suelto por la calle, sin casa, sin lugar en donde vivir. Solo tuvo un pequeño árbol para acostarse y “sombrear” después de sus largas caminatas. A veces, los muchachos de la escuela lo molestaban llamándolo: ¡Ratón! ¡Zancudo! Él se molestaba solo por un rato y luego se le pasaba cuando pensaba en las historias que inventaba y escribía en un cuaderno enmohecido que siempre llevaba en su bolso de viejo fardo, su fiel e inseparable acompañante. En todas esas historias que escribía con pedazos de lápices que encontraba en cualquier lugar del pueblo, siempre aparecía como un animal gigantesco más fuerte que un tigre y más poderoso que un león.

—Bueno —dice El Abuelo—, eso es todo lo que sé de ese hombre que anduvo por las calles, sin hablar, recibiendo el alimento de casa en casa gracias a las bondades de los pobladores de este pueblo.

—Ya es tarde —dijo Isaías—, hay que cerrar la bodega, otro día seguimos la conversa.

Pasaron los años y El Tigrón fue envejeciendo, su caminar se hizo lento, así pasaba por la plaza y por las calles, sus pasos eran como los de los seres humanos más solos y desconsolados del mundo. Recordando en sus silencios a su Amá y a aquellos dulces que le aliviaron tantas tristezas, enojos y descontentos.

Una mañana, El Tigrón llegó a la pequeña calle por donde siempre pasaba para ir a bañarse en el río. Se acostó en la acera, debajo de la sombra de un pequeño árbol y se quedó dormido con una dulce sonrisa dibujada en sus gruesos labios. Soñaba que volaba hacia el cielo acompañado de elefantes, leones, tigres, tiburones... se fue alejando lentamente de la tierra, de su pueblo y de su pequeña calle.

Allí, permaneció todo el día. La gente que pasaba, al ver que no despertaba, se fue aglomerando en el lugar. Hasta los niños de la escuela se acercaron a aquel hombre dormido y le decían: “¡Señor Tigrón, despierte! ¡León! ¡Elefante! ¡Tiburón!... por favor despierte, despierte, señor Tigrón”.

Pero todo esfuerzo fue inútil para hacer que El Tigrón bajara de las alturas de aquel sueño. Se fue volando con las nubes que ahora juegan con él en forma de elefantes, tiburones, tigres y toros. Pero, también, en forma de ardillas, conejos, ratones, zancudos, moscas, pulgas, pájaros y todos los animales que habitan la Tierra.



EDICIÓN DIGITAL
SEPTIEMBRE DE 2017
CARACAS · VENEZUELA



El Tigrón

El Tigrón es un hombre fascinante, tierno e iracundo a la vez, nos divierte recorriendo el pequeño pueblo de El Tocuyo como si fuera su propia casa. Cada calle es un corredor; el río es la bañera donde se da los mejores baños, junto a las piedras y el barro; cada árbol es un techo para el descanso y los habitantes del pueblo son su familia. Los niños juegan con él y hacen que se moleste cuando lo llaman con el nombre de un animal menos fuerte que el tigre. Él es el más poderoso de todos, pues los deliciosos dulces de su “Amá” Rafaela lo alimentaron tanto que se convirtió en El Tigrón y luego se inmortalizó para vivir siempre en nuestras memorias y en nuestros corazones.

Gabriel Saldivia (Lara, 1956)

Cursó estudios de Castellano y Literatura en el Pedagógico de Barquisimeto, y Letras en la Universidad Central de Venezuela. Ha publicado los libros de poesía: *Concierto de pasos* (Editorial Nieves, 1979), *Brasa de sol* (Editorial La Oruga Luminosa, 1997), *Geniza inicial* (Editorial Eclepsidra, 2002), *El confesor* (Editorial La Espada Rota, 2003), *El corroncho* (Editorial La Casa Tomada, 2006) y *Antología poética* (Fundarte, 2010). Es autor de los libros de investigación: *Diputación provincial de Mérida*, *Sueño sobre rieles*, *El archivo de César Rengifo e Impresos de Valentín Espinal*. Ha publicado poemas, ensayos y artículos en diversos periódicos y revistas del país. Actualmente, se desempeña como director de la colección de Libros Raros y Manuscritos de la Biblioteca Nacional de Venezuela, y está muy vinculado con actividades de investigación y promoción de la lectura en el país.

